

Contextos de vulnerabilidad social por violencia y drogas: Una experiencia de tratamiento de base comunitaria con jóvenes

*Mtro. Martín Juárez Guevara¹, T.S. Cecilia Galicia
García², Psic. Ivette Berenice Reyes Rivera³, T.S. Ofelia
Herrera Meza y Psic. Fernanda Amor Fuentes⁴*

Preámbulo

Algunos acontecimientos naturales como las lluvias excesivas o los terremotos que traen desastres a las ciudades, producen en las comunidades locales estados de vulnerabilidad, es decir, la incapacidad de sus pobladores para absorber, mediante el autoajuste, los efectos de un determinado cambio en su medio ambiente, o sea su inflexibilidad o incapacidad para adaptarse a ese cambio (Wilches-Chaux G., citado por Macias 1989). Trasladando la vulnerabilidad al campo social se convierte en una atribución de un determinado grado de susceptibilidad de recibir daños (Macias 1992: 5). La vulnerabilidad entonces es equiparable a la inseguridad, debilidad o exposición desventajosa frente a un peligro que según su grado representará más o menos riesgo (Macias 1992: 5).

Para estos autores la vulnerabilidad depende de un fenómeno que anule la posibilidad de controlar una situación personal, social o comunitaria, no obstante, antes de este supuesto "fenómeno" suceda ya existen condiciones de debilidad que han resultado de los trastornos económicos, laborales, familiares y culturales que históricamente se presentan en cada comunidad. La vulnerabilidad social es un proceso que se construye paulatinamente. Los desastres naturales sólo vienen a ahondar más la debilidad e inseguridad que ya padecen algunas personas y comunidades.

Es posible reconocer a las "comunidades vulnerables" si logramos identificar el conjunto de los riesgos a los que se enfrentan sus pobladores, los problemas colectivos que les aquejan y las formas de organización comunitaria que les son propias. Dos de los indicadores de vulnerabilidad social más frecuentemente detectados en diagnósticos comunitarios de varias organizaciones⁵ dedicadas a la intervención comunitaria han sido la violencia y las drogas, además los actores más afectados siempre han sido los jóvenes.

Los actores de las “comunidades vulnerables” tienden a mirar los problemas de una forma estereotipada, es decir, existe en su discurso un problema grave de la sociedad cuando hablan de drogas y violencia, sin embargo, cuando se habla de estos mismos problemas en su localidad ellos refieren que “*no pasa nada, solamente hay algunos viciosos*”. Pareciera como si estuvieran tratando de negar la realidad, esconderla de alguna forma. Los graves eventos de violencia se siguen ocultando en el ámbito privado, cuando salen a lo público se convierten en emergencias y empieza a girar la maquinaria del etiquetamiento (Ver Menéndez 1979), en donde frecuentemente los jóvenes se convierten en el chivo expiatorio.

Este artículo pretende dar a conocer una experiencia piloto del tratamiento de base comunitaria de la violencia y el consumo de drogas en la colonia Santa María la Ribera.

Santa María la Ribera un contexto de vulnerabilidad social

Según Daniel Hiernaux-Nicolas (1999:55) los cambios económicos ocurridos en los últimos años han tenido profundas repercusiones en la organización del territorio a escala nacional y regional, una reestructuración de las antiguas bases industriales y algunas modificaciones críticas de los sistemas sociales. Esto significa que los habitantes de esta ciudad hemos tenido que pasar por una serie de ajustes en cuanto a la institución laboral, las formas de relación política y territorial. Estos “ajustes” han provocado que ciertas zonas de la ciudad de México se hayan convertido en sitios de “vulnerabilidad social urbana”, es decir, contextos que por su ubicación geográfica, densidad demográfica, economía y formas de organización comunitaria han gestado una serie de riesgos sociales que detonan emergencias por violencia, por usos y abusos sexuales, por enfermedades sexualmente transmisibles, por uso y abuso de drogas y narcotráfico. En la actualidad solamente cuando ya existen “daños graves” en las personas y las comunidades se ven afectadas, es que nos damos cuenta de una “crisis colectiva”, antes de ello se busca negar la relación con estos problemas.

La colonia Santa María La Ribera es uno de los 10 sitios de la Delegación Cuauhtémoc clasificados “de riesgo” por la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal⁶. Esta es una comunidad de 39539 habitantes⁷, 46.1 % son hombres y el 53.8 % son mujeres. De ellos el 56% (22141 habitantes) viven en situación de pobreza. Sus actividades económicas prevalentes son: Comerciantes informales, dependientes de comercios, empleados de limpieza, empleados de oficina, secretarías, cocineras, etc.

Santa María la Rivera fue a mediados de los años cincuenta una de las pocas zonas residenciales de clase media alta cercanas al centro histórico. Hay que recordar que aquella era una época del *boom* petrolero y cerca de esta zona se establecieron las oficinas administrativas de PEMEX, el Sindicato Mexicano de Electricistas, el Partido Revolucionario Institucional, (PRI), el Sindicato de Ferrocarrileros de la Republica Mexicana, etc., de

igual forma, entre 1950 y 1956 se establecieron centros escolares de gran importancia como el Instituto Politécnico Nacional (IPN) en el casco de Santo Tomás y la Escuela Nacional de Maestros (ENM).

Santa María La Ribera también fue un punto de entrada a la ciudad de México, ya que muy cerca de esta colonia se encontraba la central de ferrocarriles de Buenavista. Con la caída de los precios del petróleo en 1981 y la grave afectación de la ciudad después del terremoto de 1985 se incrementa la densidad de la población lo cual tuvo varios efectos muy significativos; (1) la apertura comercial de la zona, (2) la aparición de la prostitución en la zona, (3) la población de clase media alta se trasladó a otras colonias alejadas del centro histórico, (4) los habitantes originarios de Santa María que no pudieron o no quisieron salir de esta localidad se aislaron en sus viviendas y difícilmente establecen relaciones con la gente de la calle.

Actualmente en esta colonia hay cerca de 12 centros de baile que se conocen como "giros negros" porque son ilegales y venden todo tipo de sustancias (su número varía porque ocasionalmente son clausurados y reabiertos), existen también 8 bares para jóvenes y 9 hoteles "de paso" utilizados en la prostitución y consumo de drogas. Algunas vecindades eran hogar para más de 60 familias, en algunos casos hasta 120, que vivían hacinadas.



Los patios de las vecindades eran tomados a la fuerza o en colusión con algunos vecinos por los vendedores de drogas, quienes establecían los "fumaderos" de Crack o marihuana. Hasta hace muy poco el gobierno local tomó cartas en el asunto y expropió los "predios-fumaderos".⁸ Por esta

razón la venta de drogas y la violencia se han trasladado a la calle, al Jardín de Mascarones, los bares y "giros negros".

En Santa María la Ribera abundan las escuelas, existen cerca de 43 planteles de educación primaria y secundaria (pública y privada). En otras palabras existe una gran concentración de población flotante de niños, adolescente y jóvenes. Desde la visión general de la gente; directores, maestros y padres de familia, la alta densidad de población joven en un contexto de estas características no es ningún problema, más bien, son considerados como parte del escenario "normal". El problema de los jóvenes interesa únicamente cuando ya son sujetos de etiquetamiento; menores infractores o farmacodependientes. Sólo de esta manera es que se vuelven visibles a los ojos de la sociedad. Antes de esto son sujetos en "formación" recluidos en la familia, la escuela o anclados a la calle con todo lo que esto implica.

Cuando la emergencia se ha hecho presente en alguna comunidad y esto moviliza a distintos actores sociales aparece el control social, lo cual implica casi exclusivamente el control del espacio público. Este es un factor determinante de múltiples desventajas para la comunidad: aislamiento social, fragmentación interna y empobrecimiento de la cartera de activos de los hogares como menciona Gonzalo A. Saraví (2004: 33). Las mismas desventajas han sido el impulso para la organización de algunos grupos que obtienen beneficios positivos para los miembros de las redes que la integran, pero implica resultados negativos para la comunidad más extendida, alientan el comportamiento que busca la ganancia a cualquier costo y la actividad delictiva, lo cual se conoce como "capital social perverso" (ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, 2004: 45). En otras palabras, la miopía que padecemos y que nos hace ver los problemas sólo cuando ya son emergencias sociales ha limitado la posibilidad de generar una "cultura de prevención".

En nuestra sociedad no se previene, sólo se mal informa, se castiga y se etiqueta a los transgresores de la norma social. No hay la posibilidad de imaginar "tratamientos", la propuesta es más bien el control y no de educación.

Ser joven en el contexto vulnerable

En el 2007 uno de cada cuatro habitantes en el país era joven de 15 a 29 años (27.4%). Entre 2005 y 2007 el número de jóvenes paso de 28.8 millones a 29 millones⁹.

¿Pero a quién se le llama joven?

Desde una perspectiva antropológica "juventud" es la etapa de la vida del individuo que se desarrolla entre el momento de los cambios físicos y psicológicos de la pubertad y el reconocimiento de un estatus adulto por parte de los miembros de su cultura. Es en otras palabras, un estado de transición hacia una condición en donde el individuo es autosuficiente y

tiene la capacidad de brindar seguridad a otros (niños, viejos o esposa) por vía del trabajo y aportaciones económicas o emocionales.

Hacia finales del siglo XIX Hall refería que la juventud se caracterizaba por la búsqueda de la independencia, lo cual ponía en evidencia un conflicto intergeneracional entre jóvenes y adultos (Hall citado por Feixa 1999: 17). Autores como Margaret Mead (1994: 175) refieren no estar de acuerdo con este "conflicto" que según Hall caracteriza a la etapa de la adolescencia. Ella planteaba que en Samoa la adolescencia no representaba un período de crisis o tensión, sino el desenvolvimiento armónico de un conjunto de intereses y actividades que maduraban lentamente. No obstante, en otra de sus obras que lleva por título: *Sexo y Temperamento* (1982: 110), Mead reconoce que la adolescencia es una etapa en que el hombre y la mujer se ven enfrentados a su medio, exigiendo lo que su ambiente no puede o no quiere darles. Es una etapa donde particularmente los adolescentes viven una situación de pérdida de la confianza hacia su ambiente cultural. La confrontación y la pérdida de confianza en el ambiente cultural que padecían los Samoanos, implicaban un cierto nivel de crisis personal y riesgo colectivo porque se desconocía la eficacia de la tradición y se hacía patente la necesidad del restablecimiento del orden colectivo.

Para Arnold Van Gennep (1970: 20), esta etapa de la crisis adolescente, implicaba una transición de un estado de cosas a otro muy distinto. Este estado transitorio era similar al que se vivía con cualquier tipo de cambio de lugar, de posición social y de edad. Van Gennep consideraba que este estado transitorio incluía tres fases: separación, margen (o limen) y agregación. La fase de separación suponía una conducta simbólica de separación de un individuo con respecto a su grupo de referencia. La fase liminar implicaba que el individuo que vivía el rito de paso ocupaba una posición ambigua y, en la tercera fase, el paso se consumaba y el individuo se reincorporaba al grupo con nuevos derechos y obligaciones.

Esta etapa de crisis de juventud no puede ser considerada una fase de desorganización de la sociedad, sino el proceso de estructuración según Víctor Turner (1980: 109). Esto quiere decir que la adolescencia no es un proceso de crisis sin solución o una aberración cultural, sino, un proceso anti-estructural de paso a la estructuración. Por ello hay que considerar que los jóvenes se encuentran en busca de una posición concreta dentro del ordenamiento social y cultural al que pertenecen.

La "juventud" como menciona Carles Feixa (1998:18) es una construcción cultural, relativa en el tiempo y el espacio. Cada sociedad establece los límites a los que los jóvenes tienen que enfrentarse en cada cultura y los ritos que van a permitir su re-integración al mundo social al que pertenecen. Para que exista la juventud, debe darse, por una parte, una serie de condiciones sociales como normas, comportamientos e instituciones que distinguen a los jóvenes de otro grupo de edad y, por otra parte, una serie de imágenes culturales: valores, atributos y ritos específicamente asociados a los jóvenes. Tanto unas como otras dependen de la estructura social en su conjunto, es decir, de las formas

de subsistencia, las instituciones políticas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad (1998: 19).

Los jóvenes en este sentido también viven la dinámica de vulnerabilidad; quedan atrapados en la lógica del conflicto social por desempleo y falta de oportunidades académicas y culturales, lo cual hace cada vez más difícil encontrar la solución de su crisis de desarrollo y la integración social. Algunos jóvenes en contextos de vulnerabilidad se aferran a la imagen de la familia, aunque ésta se encuentra viviendo su propia crisis o descomposición, algunos otros buscan instituciones alternativas para lograr resolver esta transición al mundo adulto, la escuela en algún momento fue la alternativa, pero ahora dejó de serlo.

Es importante establecer una serie de mecanismos que le permitan al joven dejar de vivir en conflicto con su ambiente social, sobre todo en contextos donde la vulnerabilidad social se da como resultado de la violencia, tráfico y consumo de drogas como en el caso de Santa María La Ribera. La propuesta que desarrollamos es el tratamiento de base comunitaria que tiene los siguientes principios:

- a) Todas las comunidades locales están organizadas con base a reglas y normas que regulan la violencia y la enfermedad.
- b) Las comunidades locales tienen recursos para aliviar, disminuir el daño o curar los distintos problemas psicosociales que ahí se presentan, sólo tenemos que modificar sus formas de organización.
- c) No es necesario desarraigar a las personas que padecen algún tipo de afección psicosocial de su medio para ser atendido (Ver: Efreem Milanese 2009)

Primer paso para el tratamiento; reducir el daño

La intervención Psicosocial en la comunidad de Santa María la Ribera ha iniciado con un proceso de reducción de daños emocionales derivados del estrés social y la violencia. Por reducción de daños hay que entender una serie de acciones tendientes a limitar los efectos negativos de una situación que pone en riesgo la convivencia y el tejido social de una comunidad. Comúnmente la reducción de daños se refiere a las acciones socio sanitarias organizadas para la atención primaria de los consumidores de drogas principalmente consumidores de heroína y cocaína (ver Ilundain 2004), no obstante, en el contexto de consumo y venta de marihuana y alcohol los daños emocionales de consumidores, familiares y vecinos son de mayor urgencia porque detonan situaciones de gran violencia e inseguridad.

Nuestra iniciativa de reducción de daños lleva por nombre Escuchando –Ando. Mediante el contacto directo, el ofrecimiento de un café y la conversación llegamos al Jardín de Mascarones.

El equipo de intervención se acerca a las personas que descansan en el jardín y les dicen: “disculpe, estamos haciendo un trabajo comunitario. ¿Me

permite regalarle un café a cambio de una charla?”. Toda esta información obtenida a través de este método se sistematizaba en dos instrumentos: La hoja de primer contacto y el expediente.



El expediente comienza a llenarse sólo después de la segunda entrevista. La información relacionada a los eventos o sucesos del contexto local se registra en un diario de campo.

Con esta experiencia hemos conseguido hacer contacto con cerca de 300 personas en situación de exclusión grave. Las problemáticas que presentan van desde la vida en calle, depresión profunda que a pesar de requerir medicamento no se atiende, esquizofrenia, desempleo generacional, alcoholismo y consumo de marihuana.

La gravedad de su situación y la falta de alternativas de atención los ha llevado a ubicarse al límite entre la enfermedad y la delincuencia, en donde son utilizados como burros para transportar la marihuana.

Sabemos ahora que el procedimiento que nos permite pasar de reducción de daños al tratamiento es el “acompañamiento” y el “encuadre”, que dependiendo las características del caso toma matices muy distintos. En este acompañamiento tienen un papel muy importante los actores comunitarios interesados en cambiar la situación que se vive.

El segundo paso para el tratamiento; la educación

Cuando el dispositivo Escuchando –Ando se consolidó y permitió que el equipo permaneciera sin correr riesgos en el lugar, avanzamos hacia la escuela secundaria número 4 que se ubica frente al Jardín de Mascarones;

ahí desarrollamos un dispositivo de “educación no formal” que llevó por nombre “Carpa Chill-Out”. Por educación no formal entendemos una serie de acciones encaminadas a darles a las personas una serie de herramientas con las cuales pueden descubrir sus habilidades y capacidades para transformar su situación de crisis.

Entramos a la secundaria por solicitud de varios comerciantes ambulantes y establecidos que comentaban que los estudiantes consumían mucha marihuana en el parque y frecuentemente se violentaban entre sí. No respondimos a esta demanda de forma automática. Iniciamos un diagnóstico de la situación dentro la escuela y encontramos que más que consumo de marihuana había un número significativo de casos de adolescentes que padecían depresión, que por supuesto puede ser un detonador del consumo de drogas.

Sin tratar de actuar como las autoridades de la secundaria lo hacían (castigo, etiquetamiento, exclusión), nosotros establecimos la “carpa Chill out” que más que un salón de clases parece una pequeña carpa de circo. Aquí se proyectan videos con un contenido preventivo relativo a temas de interés para los adolescentes, particularmente la violencia. Así mismo se programa música que les permite reforzar el contenido del video.



Después de la proyección de un segundo video viene más música y al final se les pide a los jóvenes que expresen en papel sus emociones e ideas. También se les pide que si tienen preguntas o dudas nos las hagan llegar a través de un buzón de dudas y comentarios. Las dudas y comentarios que de ahí surgen se responden a través de correo personalizado con seudónimos por lo que los jóvenes no se sienten expuestos frente a la comunidad de alumnos.

Esta experiencia nos ha dejado un sinnúmero de lecciones aprendidas: una de las más importantes ha sido que todo dispositivo de bajo umbral (con reglas mínimas de seguridad) tiende a transformarse en el tiempo, los usuarios lo ajustan a sus necesidades. Esto puede ser benéfico o nefasto para el proceso que se persigue que es el tratamiento comunitario de la violencia y el consumo de drogas.

Es benéfico porque los usuarios pueden empezar a ver en este dispositivo una opción de expresión y disminución de su ansiedad y angustia. Sin embargo, no siempre funciona de esta manera y puede llegar a convertirse en un elemento vacío, sin sentido. En nuestro caso la Carpa Chill-out se convirtió en un espacio de expresión; ahí bailan, cantan, hacen letras de canciones, tocan guitarra y piden ayuda cuando se sienten en riesgo.

Tercer paso: La herramienta de la escucha es para todos

Creemos que es importante que los miembros de esta comunidad se apropien de una herramienta fundamental como es la escucha. Tratamos de replicar la metodología para que algunos actores comunitarios puedan desarrollarse como verdaderos promotores de la salud mental y ellos sean los que diseñen las estrategias de intervención comunitaria en el futuro, ya sin ayuda de una agencia externa.



Esta experiencia de tratamiento de base comunitaria continua desarrollándose, seguramente tenemos que analizar y restablecer algunos problemas, pero estamos intentando organizar el potencial de los actores comunitario para la resolución de los conflictos más graves de la vulnerabilidad social.



Conclusiones

La violencia y las drogas son fenómenos que se manifiestan juntos, sin embargo, los actores que detonan uno y otro fenómeno no necesariamente son los mismos. No obstante, hay que decirlo, los jóvenes son los más afectados por el ejercicio de la violencia y el uso y abuso de drogas.

Otro aspecto importante que hay que resaltar es el de que la violencia sigue manteniéndose dentro de la privada de las familias, cuando se hace pública es considerada como una "emergencia", es un "caso aislado", no se asume la presencia de una crisis colectiva, porque esto implica "comprometerse" para resolverla. No hay una cultura ni educación comunitaria que pretenda prevenir o resolver, vivimos en una sociedad donde lo más importante es el "control".

Para resolver estos indicadores de la vulnerabilidad social hay que establecer las herramientas adecuadas que permitan, en principio identificar nuestros problemas, generar estrategias de intervención con la lógica de integrar a todos los actores comunitarios y educar para la vida comunitaria. El consumo de drogas y la violencia son más que comportamientos aislados de un grupo de habitantes de la localidad, son el reflejo de una forma perversa de organización, en la que nadie se interesa por nadie.

Notas

¹ Director Operativo de Cáritas Superación Humana y Social, IAP., (mjuarez@caritas-mexico.org).

² Coordinadora del área de formación de CSHYS (cgalicia@caritas-mexico.org)

- ³ Coordinadora del área de escucha de CSHYS (ib_2284@hotmail.com)
- ⁴ Operadora de escucha (mariafernanda_amor@hotmail.com)
- ⁵ Diagnósticos desarrollados por las Organizaciones de la Red de organizaciones que intervienen en situaciones de sufrimiento social (REMOISS)
- ⁶ Minerva Servin Vega, La Jornada, Sábado 28 de Julio del 2007.
- ⁷ INEGI, Censo de población 2005
- ⁸ Minerva Servin Vega, La Jornada, Martes 12 de Junio del 2007
- ⁹ IMEJU, Encuesta nacional de juventud 2007,

Bibliografía

- ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, (2004): *Maras y Pandillas en Centroamérica*, ed. Universidad Centro Americana (UCA)
- Feixa, Carles, (1998): *El reloj de Arena: Culturas Juveniles en México*. Ed. Secretaria de Educación Pública (SEP)
- Hiernaux-Nicolas, Daniel (1999) *Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la ciudad de México*. En; EURE (Santiago). V. 25, N. 76. Santiago. Diciembre.
- Ilundain, Enrique (2004): *Drogas, enfermedad y exclusión. ¿Can Tunis (Barcelona) como paradigma?*, GRUP IGIA.
- Macias, Jesús Manuel, (1992): Significado de la vulnerabilidad social frente a los desastres. En: *Revista mexicana de Sociología*. Instituto de Investigaciones sociales (IIS). UNAM.
- Mead, Margaret (1982): *Sexo y temperamento*. Editorial Gedisa
- (1994): *Adolescencia en Samoa*, Editorial Nueva Imagen
- Menéndez, Eduardo (1979): *Cura y control: la apropiación de lo social por la práctica psiquiátrica*. Ediciones Nueva Imagen.
- Milanese, Efrem (2009): *Tratamiento comunitario de las adicciones y de las consecuencias de la exclusión grave*. Plaza y Valdez.
- Saraví, A. Gonzalo (2004): Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. En: *Revista de la CEPAL* 83, Agosto 2004.
- Turner, Víctor (1980: 109). *El proceso ritual*. Editorial Taurus.
- Van Gennep, Arnold (1970): *Los ritos de pasaje*. Editorial Nueva visión.

más artículos en: www.infoadicciones.net